

TITULO DE LA CONFERENCIA INAGURAL:

Desarrollo de la Ciencia Política en la Argentina. Logros y Limitaciones

Dr. Arturo Fernández

(CEIL- CONOCET / UBA)

2017

Introducción

1. Los orígenes de la Ciencia Política se remontan al inicio de la reflexión de los seres humanos acerca de la vida en sociedad, la cual condujo a la conformación de relaciones de poder entre los sexos, los grupos de cazadores y, luego, los asentamientos humanos que comenzaron a practicar la agricultura y la apropiación de las tierras. Las Mitologías, Religiones y Filosofías antiguas dedicaron parte de sus contenidos a justificar sino naturalizar esas relaciones. Luego la Historia y el Derecho fueron dando forma a diversos tipos de estudios sobre el poder y las organizaciones políticas.

Con la llegada de la acumulación del Capital y la “revolución industrial” los propietarios de ese capital comercial e industrial fomentaron transformaciones económicas y sociales que limitaran o eliminaran el poder más o menos teocrático de los antiguos poseedores de la tierra. Se iniciaba la Modernidad política que se consolidó a través de prolongadas evoluciones, donde predominó la negociación política, y de abruptas revoluciones sociales dirigidas por las nacientes burguesías.

Una de esas revoluciones fue la lucha independentista de las trece colonias norteamericanas que independizaron del Imperio Británico y fundaron los Estados Unidos. Un rico pensamiento político transformador se desarrolló para fundamentar las ideas de Constitucionalismo, República y Democracia, las cuales también existían en Europa Occidental y se trasladaron rápidamente al sur de América. Ello implicó debates y graves conflictos que, en el caso de la República norteamericana, condujeron a una violenta guerra civil, en la cual el norte industrialista triunfó sobre el latifundio esclavista, sentando las bases del pleno desarrollo de las fuerzas productivas de la nación

Hacia 1900, en Estados Unidos y Canadá se crea la disciplina Ciencia Política, aislando el análisis de los mecanismos del Estado (y los de las relaciones entre esos Estados) del formalismo jurídico y de la abstracción de la Filosofía Política; es la época en que se amplía el sufragio y se consolidan los partidos políticos por lo cual las normas jurídicas no alcanzaban para dar cuenta del dinamismo de las nuevas formas de relaciones de poder; sobre todo se trataba de mejorar la aplicación de la Constitución liberal de Estados Unidos y adecuar su funcionamiento a la realidad. Por otra parte, la complejidad de la sociedad capitalista va conduciendo a una creciente especialización del conocimiento, de la cual no pueden escapar las Ciencias Humanas y Sociales y cada una de ellas en particular. El elevado precio que se paga por dicho proceso (pérdida de la comprensión de la totalidad del objeto de estudio) no alcanza para impedir que sea imposible abarcar con rigurosidad “lo social”, salvo a través de la válida aventura del ensayo, reservado a los grandes pensadores. En la Ciencia Política se inicia el camino a la formación de especialistas.

Recién después de la Segunda Guerra Mundial la disciplina (y las Relaciones Internacionales) se va a extender hacia todos los países industriales y, gradualmente, hacia más de un centenar de Estados. Esa expansión no es ajena a la preocupación de

afianzar el rol de la “Política” como la única forma conocida para reducir y llegar a eliminar la violencia en las luchas entre razas, pueblos, grupos sociales e individuos que traten de imponer su voluntad sobre otros. Ello coincide con la creciente separación entre la actividad científica, generada por académicos, y la práctica política, al contrario de lo que sucedía en el siglo XIX. En el propio marxismo, en la segunda mitad del siglo XX, las investigaciones y logros más significativos los realizan personalidades que no dirigían las fuerzas políticas a las cuales adherían ni tenían la posibilidad práctica de transformar la realidad, la tarea de los políticos y sus organizaciones.

2. Desde 1980, diferentes autores latinoamericanos (Elisabeth Jelin, Norbert Lechner, José Aricó) coincidieron, desde enfoques teóricos diversos, que las sociedades latinoamericanas tenían una relación con el Estado distinta a la existente en Estados Unidos y Europa Occidental. En América Latina, desde el período de las independencias hasta fines del siglo XX, fue desde los Estados más que desde las sociedades civiles, al contrario de Europa y Norteamérica, que se transformaron y/o se conservaron las realidades sociales, políticas y culturales de todas y cada una de sus partes, en detrimento de la autonomía y vigor de esa sociedad; ello también sucedió en la Argentina. Esta realidad social novedosa abrió la posibilidad de replantear la validez de enfoques teóricos universales de las Ciencias Humanas y Sociales a los países de la región; en realidad sólo el genio de Aricó lo comprendió claramente.

Por otra parte, los efectos de la globalización (una profundización de la mundialización del Capital) y la aplicación de políticas neoliberales después de 1980, reforzaron diversos movimientos sociales, quienes están creando una esfera pública novedosa en toda la región latinoamericana que diferencia su realidad actual de los estatismos del siglo XX

La novedosa aparición de movimientos sociales diversos que refuerzan lo público, sustentado en el renovado vigor de las sociedades, está influyendo en el desarrollo de los diversos campos de las Ciencias Humanas y Sociales, de las cuales es parte la Ciencia Política. Ahora, como siempre sucedió, los grupos dirigentes/dominantes de cada Estado tratan de impulsar la conservación del orden social y encuentran enfoques teóricos que los justifiquen, recurriendo a menudo a conceptualizaciones cosmopolitas. Al mismo tiempo, siempre y en todo lugar, habrá otras lecturas de la realidad, quizás más situadas en lo particular, las cuales tienden a denunciar y a develar la dominación de esos Estados. Si bien existe la Ciencia Política como disciplina universal, ella alberga una extrema pluralidad de concepciones que oscilan entre el orden y el cambio.

Atendiendo a esta imbricación entre la realidad social y política mundial y local y la de nuestro campo de conocimiento, la Ciencia Política, pasamos a analizar las etapas de su evolución y crecimiento en nuestro país, con la intención de observar sus principales logros y, sobre todo, sus limitaciones para establecer hipótesis que se correspondieran con la realidad, que comprendieran el proceso político nacional y, sobre todo, influyeran sobre el mismo a través de la transferencia de sus hallazgos a la práctica política.

I. Los orígenes de la disciplina en la Argentina: el predominio del pensamiento liberal en las universidades argentinas y sus graves limitaciones.

CABE TENER PRESENTE QUE, durante el siglo XIX, también hubo un potente pensamiento político en la Argentina en formación, la cual estuvo envuelta en una larga guerra civil, con autores de la talla de Moreno, Belgrano, Artigas San Martín, Dorrego, Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Mitre, entre los más destacados; todos ellos incidieron decisivamente en la vida política y confrontaron dos visiones del país. Sin embargo, en los momentos posteriores a la organización del Estado argentino, tras la mencionada guerra y el implacable triunfo de un bando sobre otro, apareció el tratamiento de lo político como una temática académica, destinada a legitimar el orden liberal triunfante; las nacientes Ciencias Sociales, como en todo el mundo, tendieron a escindir la investigación académica de la acción política

La organización del Estado argentino a fines del siglo XIX permitió el desarrollo exclusivo de las universidades estatales que, en Buenos Aires, La Plata, Córdoba y Santa Fe, dieron un ímpetu significativo a la actividad científica. Por esta razón se establecieron en ese ámbito diferentes cursos de ciencias sociales (también llamadas ciencias de la cultura o el espíritu). En las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales se crearon cátedras de Sociología mientras se dio un mayor impulso a los cursos de Derecho Político como una teoría general de la Constitución. La enseñanza de la Historia y de la Filosofía, por otro lado, contempló autores que abordaban problemas históricos, sociales y políticos. El liberalismo predominante, bajo sus diversas formas, constituyó el marco teórico que favoreció la confianza en la razón y su capacidad para resolver los problemas vinculados a la mejora de humanidad. El hito fundacional de la disciplina en nuestro país lo constituye la publicación de la Revista Argentina de Ciencias Políticas, creada y dirigida por el jurista rosarino Rodolfo Rivarola en Buenos Aires entre 1910 y 1928. Ella se difundió con éxito en Brasil, España, y Estados Unidos y se inscribía en el análisis y mejoramiento de la república liberal, abarcando una pluralidad de autores de nivel académico de formación esencialmente jurídica.

Sin embargo, hasta 1943 ese campo académico fue una caja de resonancia LIMITADA E INCOMPLETA de las discusiones políticas que habían comenzado a finales del siglo diecinueve. Antes y después de la Reforma Universitaria de 1918, los estudios políticos dentro de la universidad se desarrollaron bajo la creencia del carácter incuestionable de la república liberal basada en la Constitución de 1853. Entretanto los fundamentos teóricos, cercanos al liberalismo positivista, se alejaron cada vez más de los conflictos sociales y políticos inherentes a un país periférico como Argentina.

Las perspectivas nacionalistas y marxistas, desde sus diversas concepciones, abordaron una mejor explicación y comprensión de los conflictos argentinos y regionales derivados de los efectos de la Primera Guerra Mundial y de la crisis económica de 1929/1930 que el mundo académico liberal. Sus líderes intelectuales, fuera del ámbito universitario, estudiaron la cuestión nacional y social con clarividencia y agudeza, pronosticando algunas de las soluciones que podían contribuir a la formación de una nación socialmente integrada. Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz son los mejores ejemplos de ensayistas nacionalistas populares

que hicieron una significativa contribución al análisis de los cambios sociales; asimismo hubo autores nacionalistas católicos y “maurrasianos” que tuvieron repercusión política en círculos sociales autoritarios. Lo mismo podría decirse de autores de las diferentes corrientes marxistas, entre los cuales se distinguieron el jurista Silvio Frondizi y los ensayistas Juan José Hernández Arregui y Rodolfo Puiggrós, entre otros, que trataron de relacionar el marxismo con la “cuestión nacional” con el fin de denunciar con eficacia y eficiencia la ignominia de la explotación capitalista en nuestro país.

Por otra parte, la creación de carreras de Ciencia Política y Relaciones Internacionales en la Argentina está relacionada con procesos de legitimación de diversos proyectos del Estado, a través de la producción de conocimiento destinado a la formación de cuadros políticos y administrativos necesarios para la formulación e implementación de políticas públicas.

En la Argentina esta preocupación comienza a materializarse en la década de 1920 en la Universidad Nacional del Litoral (UNL) con sede en Rosario. La formación de personal especializado en el ejercicio de las funciones del Estado surgió en torno a las críticas a la democracia de masas y a la búsqueda de las elites rosarinas que tuviese nuevos espacios políticos de actuación para enfrentar la posible desarticulación de la República “oligárquica”. En ese ambiente propicio, durante el año 1927, en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la UNL (Rosario), se crearon la Licenciatura para el Servicio Consular, los Doctorados en Diplomacia y en Ciencias Políticas, primer antecedente de estudio universitario de la política en el país y en América Latina; este lejano antecedente marcó el tímido ingreso de la disciplina a una universidad y mucho se debió su desarrollo a la inspiración y a la producción del jurista administrativista Rafael Bielsa. En 1929 los mencionados Programas se transformaron en la Licenciaturas en Ciencias Políticas y en Diplomacia y Relaciones Internacionales, además de sus Doctorados, ambas de la Universidad Nacional del Litoral que se prolongarán en la Universidad Nacional de Rosario, creada en 1958.

Sin embargo, faltaban aún algunos años para que desde el Estado, en tanto actor generador y legitimador de conocimiento social, se alentara con mayor fuerza el reconocimiento de la Ciencia Política como disciplina y profesión. Tras la crisis de 1930 y la anulación de la democracia política, la industrialización por sustitución de importaciones creó nuevas fuerzas sociales que se expresaron a través de un militar, elegido dos veces Presidente, el General Juan Perón. Sus orígenes y sus políticas lo distanciaron de los más reconocidos ámbitos académicos liberales predominantes hasta 1943; asimismo sumó el repudio de intelectuales y docentes socialistas y comunistas. Por ello, el justicialismo tuvo la necesidad de formar una intelectualidad y un grupo dirigente que acordasen con los objetivos de su proyecto político. Ello se materializó en 1950 con la creación de los Cursos de Formación Política en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), bajo la influencia del “civil service” inglés y francés, y los contenidos que allí se impartían, pretendía formar una elite capaz de cumplir los objetivos de la política nacional caracterizada por una profunda transformación social. De esta forma se encargó a la universidad pública la formación política de las personas que se ocuparán, habitual y activamente de la dirección del estado, a quienes seguirán pasivamente los integrantes del grueso sector de la multitud ciudadana.

En 1950 comenzaron a dictarse, en el ámbito de la Universidad Nacional de Cuyo, cursos generales y obligatorios de formación política para el conocimiento de la realidad argentina junto a la edición de un Boletín de Estudios Políticos, que anticiparon la creación de una carrera de estudios universitarios y de una unidad académica específica para el desarrollo de la disciplina regional. Después del sangriento golpe de Estado de 1955, se desbarató el proyecto inicial pero la Escuela Superior de Estudios Políticos y Sociales alcanzó el rango de Facultad de Ciencias Políticas y Administración, con un objetivo político alineado con el gobierno militar que restauró el predominio liberal.

En estas iniciativas dispares de Rosario y Mendoza, la preocupación en torno a los estudios políticos dentro de la vida universitaria no estuvo relacionada inicialmente con la inquietud de formar politólogos sino en darle formación política a la futura “clase dirigente”. Esta preocupación le dio un particular sentido instrumental a la disciplina, haciéndola ingresar en ambos casos al ámbito académico.

En los orígenes de la Ciencia Política se observan las limitaciones del mundo académico (formado por importantes juristas, historiadores, filósofos...) para comprender la creciente crisis de la República liberal y la aparición de la preocupación por formar una nueva dirigencia más apta para abordar los problemas del siglo XX que no tuvo repercusión nacional. Luego la oposición frontal de los más destacados universitarios e intelectuales al peronismo limitó aun más los aportes teóricos y la transferencia que la naciente disciplina podría haber proporcionado para denunciar la dominación de las minorías que concentraban el poder económico, además del camino hacia la conformación de pactos sociales y políticos que hiciesen posible una cierta concertación y evitasen el grave enfrentamiento cultural y político que condujo al país al borde de la guerra civil en 1955. Esos sectores económicos rechazaron cualquier tipo de acuerdo, acompañados por lo más selecto del mundo académico, y condujeron de forma gradual a la militarización de la política.

II. La institucionalización de la Ciencia Política como disciplina académica. Las etapas de su evolución, ligadas a los avatares de la relación Estado-sociedad en la Argentina

1). El Estado “modernizador” (1955 - 1966)

Después de la caída y proscripción del peronismo la concepción desarrollista que recorrió América Latina, impulsada por Estados Unidos, fue encarnada en la Argentina por el Presidente Arturo Frondizi, quien dividió a la Unión Cívica Radical e inició un proceso de industrialización con aporte de capital transnacional. La concepción modernizadora del desarrollismo fortaleció las Ciencias Sociales en general y, en ese contexto, nuevas universidades públicas y privadas crearon Facultades de Ciencia Política o Carreras de Ciencia Política al interior de Facultades de Derecho o de Ciencias Sociales. Docenas de diplomáticos fueron formados en Rosario y Córdoba y muchos administradores y políticos siguieron carreras de Ciencia Política en dichas

universidades nacionales y privadas. De ellas surgieron renombrados investigadores como los politólogos José Luis de Imaz; Juan Carlos Puig, Emilio Tenti, Ernesto Aldo Isuani y Eduardo Bustelo, quienes terminaron sus estudios de grado en Argentina y más tarde se especializaron en universidades extranjeras. Ellos ayudaron a crear un nuevo campo de conocimiento, el de la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales.

Por su parte la Universidad de Buenos Aires creó el Departamento de Sociología dirigido por Gino Germani; la disciplina no era desconocida en el país pero en ese momento se consolidó académicamente por el impacto internacional del propio Director y la relevancia creciente de su cuerpo académico. A partir de su estudio sobre la realidad social argentina Germani adoptó el esquema de la modernización al desarrollo social de nuestro país y la creencia que la democracia sería lograda gracias al desarrollo de las fuerzas productivas. Aunque el fenómeno peronista no fue su principal línea de investigación, él lo definió como “fascismo de base obrera” y consideró la naturaleza de este período histórico como un momento de transición entre la sociedad tradicional y autoritaria y la sociedad moderna y democrática. La industrialización y urbanización crecientes eliminarían vestigios de prácticas ancestrales negativas y así el peronismo desaparecería como fuerza política.

Con matices propios de su vasta formación Germani se alejó de las posturas teóricas de la gran mayoría de académicos que calificaban al peronismo como nazi-fascista, tal como el constitucionalista y tratadista de Derecho Político Calos Fayt , entre muchos juristas especialistas en Derecho Público. Ello justificaba la proscripción del peronismo. Una tibia excepción a esta negación del nacionalismo popular fue José Luis de Imaz, cuyo análisis de los grupos dirigentes es crítico respecto los grupos sociales hegemónicos y los viejos partidos políticos mientras valora el surgimiento de una nueva elite sindical modernizadora. Luego De Imaz escribió muy poco sobre el tema.

Se destacan en este período, marcado por la idea del “desarrollo”, la creación en 1967 del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) , con sede en Buenos Aires, fundado por economistas y sociólogos pero que irá incorporando politólogos como una Red de Centros de Investigación Social; y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con sede en Santiago de Chile, con equipos de investigadores y cursos de formación en Sociología y Ciencia Política. Ambos emprendimientos, con financiamiento internacional se inscribían en la idea de contribuir a la modernización de las sociedades y sus estructuras de poder a través del aporte de dichas disciplinas. Poco tiempo después, en FLACSO se produjo un debate entre profesores de FLACSO; los marxistas como el brasileño Theotonio Dos Santos aplicaban la doctrina de Lenin sobre el imperialismo mientras Fernando Cardoso (Brasil) y Enzo Faletto (Chile) formularon su “teoría de la dependencia”, donde se privilegia el condicionamiento político sobre el económico. Además de predicar conductas políticas opuestas, esta teoría, formulada por sociólogos, tuvo cierto impacto sobre la Ciencia Política, en Estados Unidos y en Europa. Ella influiría, entre otras, sobre la obra de Guillermo O’Donnell.

La ausencia de un análisis explicativo del peronismo como una realidad política ajena a los fascismos europeos y que no desaparecería rápidamente marca ostensible y negativamente este período del desarrollo de la Ciencia Política dentro y fuera del país y también sus limitaciones. Sobre todo llama la atención que los

enfoques predominantes no observaran con más atención la resistencia obrera y sindical a su proscripción política y, sobre todo, que no se advirtiera el peligro de la militarización de lo político y su consecuencia: la violencia política...Es cierto que todavía hay politólogos que niegan dicha resistencia popular. Además no se trata de un extraño fenómeno argentino; ello sucedió de manera parecida en América del Sur en casi todos los países cuyos Partidos nacionalistas populares, semejantes, próximos o equivalentes al peronismo (el varguismo brasileño, el APRA peruano, Acción democrática en Venezuela, el MNR boliviano, el PRD dominicano.....), fueron derrocados violentamente, proscriptos o condicionados en sus gobiernos. De esa forma las Ciencias Sociales, por una parte, justificaban la conservación de un orden social injusto y favorable a los intereses de minorías económicas nativas y extranjeras a través de la aplicación de esquemas teóricos generados en Estados Unidos; o proponían diversas alternativas anti-capitalistas y revolucionarias que no expresaban la realidad de la mayoría del movimiento obrero.

2) El Estado dictatorial y la ampliación de la violencia política iniciada en 1951 (1966 – 1976)

El proceso académico e institucional iniciado en 1955 se vio coartado por las limitaciones impuestas particularmente en las universidades públicas y las Ciencias Sociales, por los golpes de estado cívico – clerical -militares de 1966 y 1976, en aplicación de la doctrina de la Seguridad Nacional adoptada por las Fuerzas Armadas. La Ciencia Política se veía particularmente afectada, dada la circularidad entre la política como objeto de indagación y la propia actividad política. Los hechos marcaron un vaciamiento intelectual y académico en general y las universidades se convirtieron en lo que el epistemólogo Klimovsky llamó “las universidades de las catacumbas”.

En el caso de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo y la de Rosario la carreras se limitaron a formar cuadros administrativos capacitados para la función pública y, en particular, la diplomacia, primando una perspectiva estrechamente tecnocrática.

La Universidad Católica Argentina y otras universidades confesionales intentaron preparar dirigentes políticos y administrativos para el proyecto político de la Iglesia que se concretaría a partir del golpe militar-clerical de 1966. En 1958 la reforma del sistema universitario había permitido la creación de universidades privadas y muchas de ellas comenzaron a ofrecer el título de grado en Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Los cursos, tanto de Licenciatura como de Doctorado, se orientaron a la formación de futuros diplomáticos y de funcionarios públicos. Las dictaduras militares sucesivas afectaron seriamente las aspiraciones en lo relativo a la actividad política misma pero no así en lo tocante a la Diplomacia y la Administración Pública, campos donde la inserción de los graduados resultó satisfactoria. Las Escuelas de Ciencias Políticas de la gran mayoría de las universidades privadas católicas lograron así definir su perfil sin demasiadas contradicciones con el proceso político y social de aquellos años y formaron cuadros que nutrieron a la elite político-administrativa de las dictaduras. Este es un indicio más que demuestra cómo el desarrollo de la disciplina en

Argentina puede entenderse a partir de la interrelación entre el Estado, las instituciones educativas y las profesiones a través de las cuales se generan procesos de legitimación de conocimiento teórico y práctico necesario para la reproducción del conjunto de ideas que sustentan al régimen político en cada momento histórico.

Dentro de las universidades privadas que incorporaron a su currícula la Licenciatura en Ciencia Política, Relaciones Internacionales y Administración Pública, una excepción fue las de la Universidad del Salvador, a partir de 1968; con la participación de Carlos Strasser y la dirección de Carlos Floria; ellos ofrecieron un moderno programa de formación y reunieron a los científicos políticos, los relacionistas internacionales y los administradores públicos más importantes de entonces como Natalio Botana, Guillermo O'Donnell, Oscar Oszlak, Marcelo Cavarozzi y otros. Después de 1976 el cuerpo docente fue desgranándose.

Es en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires donde la repercusión del golpe de 1966 repercutió en la producción científica. En ella se abrió tardíamente el debate sobre la naturaleza del peronismo del cual surgirá la obra de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, refutando tesis fundamentales de Gino Germani, desde una renovadora perspectiva marxista. A ellos se sumarán sociólogos como Juan Carlos Torre, José Nun y Torcuato Di Tella, quienes mantuvieron distancias con el peronismo pero no lo demonizaron; por otra parte, Roberto Carri, Horacio González y Alcira Argumedo quienes desarrollan una versión nacional de la teoría de la dependencia, gestada en FLACSO - Santiago de Chile por el brasileño Fernando Cardoso y el chileno Enzo Faletto.

Las “Cátedras Nacionales”, surgidas hacia 1967, fueron el primer intento académico consistente de explicar la perdurabilidad del peronismo y su dinámica social y política. Los citados sociólogos-politólogos intentaron dar cuenta, desde distintos enfoques, del mencionado “fenómeno peronista”, considerándolo una parte de las luchas obreras y populares latinoamericanas para lograr sociedades más justas y libres. Algunos de esos autores lo homologaron a los movimientos de liberación nacional que emergieron después de 1945 contra las potencias coloniales y neo-coloniales. Contradictoriamente, la mencionada Teoría de la Dependencia podría haber explicado su naturaleza social y su contextura ideológica pero sus autores no la aplicaron al nacionalismo popular y, en particular, al peronismo. Esa teoría se propuso alentar vías pacíficas para superar la dependencia, en debate con el marxismo, lo cual parece semejante a los proyectos nacionalistas populares. Sin embargo, Fernando Cardoso, su principal impulsor, siempre tendió a considerar al populismo y, en particular al peronismo, como una forma degradada de la acción política y una protesta irracional de sectores marginales contra el orden establecido.

3). El terrorismo de Estado, la abolición de la democracia y del Estado de Derecho y el desarrollo la Ciencia Política fuera de las universidades (1976 – 1983)

Después del trágico golpe cívico-militar de 1976 se produjo un traspaso de la evolución nodal de la disciplina a iniciativas privadas. Cabe destacar el caso de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) que luego del golpe de estado en Chile en 1973 se instaló en la Argentina, creándose una Maestría en Sociología y

Ciencia Política bajo la dirección de Carlos Strasser en 1978. En medio de un contexto de extrema intolerancia y persecución ideológicas también subsistió la tarea desarrollada por otros centros privados como CLACSO, CEDES, el Instituto Di Tella, CICSO y CISEA, financiados por las agencias públicas y privadas de cooperación internacional, lo cual permitió la renovación de la Ciencia Política académica dándole una proyección desconocida hasta entonces. Estos centros privados de investigación albergaron a un grupo de científicos políticos que no emigraron durante el último período de dictadura militar que comenzó en 1976, entre quienes se destacaron el citado Carlos Strasser de FLACSO, Francisco Delich y Mario Dos Santos del CLACSO, Guillermo O'Donnell, Marcelo Cavarozzi y Oscar Oszlak del CEDES, Natalio Botana del Instituto Di Tella, Darío Cantón del CICSO y Dante Caputo del CISEA.

Cabe subrayar que, contra la voluntad del Estado y su exclusión de las universidades públicas, estos núcleos reflexionaron sobre los aportes de la Ciencia Política para fundamentar la significación de la democracia. A ello se sumó la contribución realizada por analistas políticos argentinos que, sobre todo desde el exilio mexicano, repensaron categorías marxistas para adaptarla a un proceso de reconstrucción de la democracia a partir de una re-lectura de Antonio Gramsci; ello fue realizado particularmente por José María Aricó y por Juan Carlos Portantiero, autores de impacto internacional y formadores de una “escuela gramsciana” en América Latina

Entre los años 1976 y 1983, el tema predominante de reflexión politológica fue la búsqueda de la recuperación de la democracia desde una perspectiva esencialmente política, con un juicio crítico de las experiencias estatistas y/o autoritarias de orígenes marxista y nacionalistas populares. Dada la magnitud de la tragedia vivida, esa experiencia continuó marcando de forma predominante la evolución de la disciplina durante los siguientes veinte años.

Como consecuencia del fracaso de los gobiernos justicialistas de 1973 hasta 1976 y la supuesta proscripción definitiva del peronismo, definido como esencialmente corrupto, en las Ciencias Sociales argentinas pasó a predominar un enfoque teórico generado por la Ciencia Política norteamericana, que reivindicó los valores de la ansiada democracia política por parte de la mayoría de los principales sociólogos y politólogos, quienes daban por sentada la desaparición del peronismo y la dispersión de su desprestigiada base sindical. Al respecto es sorprendente que no se tuviese en cuenta la compleja relación entre esa fuerza política y la Iglesia Católica; es cierto que, hasta entonces, las Ciencias Sociales de la región y del mundo habían descuidado en general el análisis del factor religioso. Natural y felizmente siempre co-existieron otras posturas académicas minoritarias, subsistía la crítica marxista y también diversas corrientes de un pensamiento nacional no académico y a veces muy lúcido...

4). El Estado democrático como resultado de procesos de transiciones y de consolidaciones (1983 – 2002)

Es preciso reconocer que el significativo desarrollo de la Ciencia Política como disciplina y como profesión en la Argentina constituyó un proceso paralelo a la transición a la democracia política que comenzó en 1983. Una vez más se observa con mayor claridad el rol del Estado en tanto generador y legitimador de conocimiento

social. Con anterioridad a la caída del régimen militar, Raúl Alfonsín había mostrado su interés por acercar a los intelectuales a la política, hecho que funcionaría como una caja de resonancia en el desarrollo e institucionalización de la disciplina. Por ello investigadores que pertenecían a centros de investigación privados como el CISEA o el CEDES se acercaron al radicalismo y llenaron puestos de importancia en los gabinetes de Alfonsín; entre ellos Dante Caputo ocupó la cartera de Relaciones Exteriores, Jorge Sábato, la de Educación, Juan Carlos Torre fue Vice-Ministro de Economía, Jorge Roulet, Secretario de la Función Pública y Enrique Groisman y Oscar Ozlak ocuparon Subsecretarías del área.

La discusión teórico-política en aquel momento giraba en torno a la transición y la consolidación del régimen político democrático, temas iniciados con muy buena capacidad de anticipación por un grupo de académicos residentes en Estados Unidos en los años setenta. La necesidad de reestructuración del Estado democrático ponía nuevamente en la agenda política la demanda de cuadros políticos formados para la generación de políticas públicas y técnicos capaces de gerenciarlas. Tanto en la gestión pública como en muchos cargos de gobierno se requirió cada vez más de la profesión de cientista político; lo mismo sucedió en diferentes asesorías en espacios públicos como privados.

Junto al significativo impulso desde el gobierno, hubo otros hechos que impulsaron el desarrollo de la disciplina. Entre ellos sobresalió la creación de la carrera en Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires en 1985, cuyo Plan de estudios se fundamentaba en la necesidad de reforzar las instituciones y perfeccionar el conocimiento teórico e intelectual de la democracia política. Actualmente es la carrera más numerosa del país.

Dentro de este grupo de científicos políticos, el impacto científico internacional de la obra de Guillermo O'Donnell permitió que la Ciencia Política nacional obtuviera mayor reconocimiento. Ello fue posible, en primer lugar, por el significativo aporte teórico de su concepto "Estado burocrático autoritario", a través del cual describió las dictaduras militares durante los años setenta en América Latina, aplicable a otras regiones del mundo. En segundo lugar él fue parte del equipo de investigadores residentes en Estados Unidos que desarrollaron la "transitología", esquema que predijo en 1975, de forma no necesaria, la generalización de la democracia política más allá de Occidente, seguramente el modelo hipotético verificado más importante que aportara la Ciencia Política. Esa democracia, practicada en treinta Estados en 1975, alcanzó más de ciento sesenta Estados a principios del siglo XXI. Posteriormente O'Donnell ocupó el cargo de Presidente de la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA) durante la década de los ochenta, lo cual permitió que Buenos Aires fuera la sede de un Congreso Mundial de la disciplina en 1991, lo cual facilitó el desarrollo de la Asociación nacional de politólogos (SAAP); finalmente la IPSA otorgó a Guillermo O'Donnell su primer premio a la trayectoria académica en 2006.

La transición a la democracia se fortaleció gracias a la capacidad del Presidente Alfonsín de restaurar el Estado de Derecho juzgando a las Juntas de la dictadura militar y a los principales criminales de guerra; pero los grupos económicos concentrados impidieron un pacto social, generaron hiper-inflación y presionaron por su alejamiento

del gobierno; sólo pudo mantenerse la institucionalidad adelantando la entrega del gobierno. El triunfo del Partido Justicialista llevó a la Presidencia a Carlos Menem, quien cedió fácilmente ante esas mismas presiones y, a los pocos meses de su gobierno, aplicó crudamente reformas neo-liberales, contrarias a sus promesas electorales. Pese a ello Menem mantuvo su popularidad y logró el pacto de Olivos entre el gobierno peronista, el radicalismo y el nuevo Frente Grande, escisión del peronismo. La ulterior Convención Constituyente reforzó la transición pues generó la Constitución de 1994, consensuada por las tres fuerzas políticas más significativas del momento, con lo cual se ponía fin a cuarenta y cinco años de crisis constitucional y todos los argentinos volvieron a tener una Ley Fundamental común.

Sin embargo, el sistema de partidos tripartito estalló siete años después como consecuencia de las insoportables consecuencias sociales de las recetas neo – liberales aplicadas democráticamente entre 1991 y 2001. En realidad la teoría de la transición no había medido las consecuencias de la desintegración social sobre los sistemas de partidos y la política en general; esa grave desatención fue debida al apego creciente de la Ciencia Política a enfoques neo – institucionalistas y, en menor medida, a métodos formalistas.

Desde el punto de vista de la disciplina y la profesión de politólogo se fueron ampliando el número de Carreras de grado y de posgrado, así como el número de revistas indexadas de perfil politológico. Por otra parte, se multiplican las actividades de politólogos en la sociedad y en el Estado. La creación y crecimiento de de la Sociedad Argentina de Análisis Político, nacida en 1982 y “nacionalizada” después de 1990, fue otro paso importante en la institucionalización de la Ciencia Política.

La “transitología” tuvo una enorme capacidad prospectiva a nivel mundial (se votaba de manera competitiva en 30 Estados en 1975 y hoy hay elecciones en cerca de 170 estado) pero no midió suficientemente las nefastas consecuencias de la aplicación universal de recetas económicas neo-liberales, de corte anti-social, sobre las “viejas” y “nuevas” democracias en el momento histórico que se generalizaba la práctica democrático-electoral en el mundo; ello se agravó en los enfoques teóricos individualistas de la Ciencia Política que suelen aplicar una metodología cuantitativa. En el caso argentino la mayoría de los transitólogos connotados también tuvieron dificultades para conceptualizar el peronismo, dudaron de su adhesión a los valores democráticos y/o volvieron a predecir su deterioro (por ej. como partido clientelar y responsable principal de la corrupción estructural, la cual es fomentada esencialmente, desde 1976, por los grupos económicos concentrados). Curiosamente el peronismo neo-liberal menemista fue calificado por algunos politólogos nacionales y extranjeros como populista y semejante al fujimorismo genocida; con ello se inicia una sorprendente y prolongada confusión analítica. En realidad, la casi totalidad de los nacionalismos populares de la región adoptaron políticas económicas neoliberales, tal como la la mayoría de los Partidos Social Demócratas que integran la Segunda Internacional. En el peronismo tempranamente hubo sectores que se opusieron a esa evolución “realista”.

5) El lento nacimiento de una esfera pública diferenciada del Estado y la Ciencia Política argentina (2002...)

Con el derrumbe económico, social y político de 2001 – 2002 surgen movimientos sociales que demandaban justicia social desde los años noventa, a los cuales se suman muchos grupos inorgánicos surgidos de la exclusión social. La elección por escaso margen de Néstor Kirchner y su inesperada decisión de retomar las banderas históricas del peronismo nada tuvieron que ver con las Ciencias Sociales sino con la fortuna y su capacidad política. El intento de reconstruir un Estado capaz de regular parcialmente la economía fue una lenta tarea que implicó una gran quita de la impagable deuda externa y en, 2005, el “encuentro” con el Presidente venezolano Chávez y el brasileño Lula, para poner fin al proyecto impulsado por Estados Unidos, el Tratado de Libre Comercio (ALCA) que hubiera eliminado toda posibilidad de desarrollo industrial de la región. Entretanto la Ciencia Política nacional continuaba su proceso de institucionalización y crecimiento y la gran mayoría de los politólogos, en lo cual me incluyo, asistió desconcertada a la crisis del paradigma de la consolidación de la democracia política y a la aparición de nuevas formas de nacionalismo popular en América del Sur. El desarrollo de diversos movimientos sociales, mayoritariamente reformadores, conforma una esfera pública que sustentó la recuperación y actualización de ideas nacionales y populares por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

Simultáneamente, la figura del filósofo político argentino, académico residente en Gran Bretaña, Ernesto Laclau se consolidó con la publicación de “La razón populista”, pensando en el primer peronismo pero también en dichos nacionalismos populares del Siglo XXI, cuyo adelantado fue el Presidente venezolano Chávez al cual se sumarían el ecuatoriano Correa, el boliviano Morales, etc.

Laclau fue marxista y desarrolló su carrera académica en una Carrera de Ciencia Política de Inglaterra. Desde joven trabajó el concepto de hegemonía hasta elaborar, de forma casi provocativa, el concepto de populismo como una forma universal de hacer política; y, dadas ciertas condiciones, erigir al pueblo como actor central cambios sociales de diverso signo. Su pensamiento cristaliza antiguas preocupaciones de la academia inglesa sobre ese enigmático y vilipendiado término. Es de subrayar que en Europa la mayoría de académicos y periodistas habla de populismo refiriéndose a partidos de extrema derecha y más o menos racistas. Al margen de sus imprecisiones, Laclau supo sumarse, con su compañera Chantal Mouffe, a un debate imprescindible sobre la crisis de todos los paradigmas teóricos de las Ciencias Sociales debido al triunfo del capitalismo occidental en la Guerra Fría y la expansión de la globalización a través de las nuevas tecnologías generadas en buena medida en Estados Unidos. Hubo y seguirá habiendo debates entre pos – marxistas para tratar de identificar sujetos de cambio en sociedades cada vez más invivibles. A dicho enfoque se pueden sumar autores foucaultianos, ecologistas y todo observador social que considere imprescindible mejorar las relaciones sociales y políticas frente a la crisis estructural del capitalismo que estalla 2008 y no se ha resuelto aún.

Además de su impacto científico, la compleja y provocativa obra que dejó Laclau, conjuntamente con la de Chantal Mouffe, tiene notable resonancia política no sólo en América Latina; su obra comenzó a inspirar la acción política de actores reformadores también en Europa. Allí se manifestó la crisis de la democracia política, sobre todo

después del derrumbe capitalista global de 2008. España fue uno de los Estados más afectados y los organizadores políticos de un partido de nueva izquierda (varios de ellos politólogos) apreciaron la obra de nuestra compatriota y se inspiraron en ella para fundar el original Partido Podemos. Su devenir histórico determinará la expansión de las nuevas fuerzas políticas que se reclaman de aspectos del pos – marxismo de Laclau.

Consecuencia de la resonancia de ese obra, una significativa cantidad de investigadores jóvenes están actualmente aplicando su enfoque teórico o tratando de perfeccionarlo. Ello puede significar una contribución significativa al desarrollo de la Ciencia Política y una crítica constructiva a su reducción a diversas teorías neo – institucionalistas.

Por su parte, CLACSO, bajo la dirección del politólogo Atilio Borón, se transformó en un centro de análisis político neo – marxista riguroso que atendió la creciente decadencia de las democracias políticas de la región, ante una desigualdad mayor que la anterior a 1980; ella emerge de la aparición de una exhibición escandalosa de la riqueza “global” frente a núcleos de marginalidad casi imposibles de reducir. La obra de Atilio Borón oscila entre la Teoría Política y un agudo análisis de la Relaciones Internacionales. Sus discípulos enriquecen la renovada crítica neo-marxista, reaparecida con fuerza después de 2001 en nuestro país y de 2008 en el mundo.

La disciplina creció considerablemente entre 2003 y 2015; gran parte de la producción politológica se expresa en Revistas indexadas adoptando mayoritariamente el enfoque neo-institucionalista. Por otra parte, la creciente especialización de la disciplina genera estudios técnicos de indudable valor. Sin embargo, la grave crisis social y política de 2001 y la reaparición del nacionalismo popular permitió la emergencia de diversos autores críticos del sistema capitalista que utilizan categorías novedosas, lo cual está ligado a nuevos intentos de cambio social en América del Sur y en diversas partes del mundo; ello me parece la novedad más significativa de nuestra disciplina en el siglo XXI, sobre todo por su impacto en la práctica política. Asimismo movimientos sociales importantes se expresan en esta misma actitud crítica y se nutren de ella ante una globalización deshumanizante. También cabe señalar recientes esfuerzos por realizar trabajos académicos reconocidos por el ámbito científico para comprender el nacionalismo popular del siglo XX y del actual, definiéndolo como fuerzas reformadoras que intentaron e intentan transformar realidades sociales marcada por la desigualdad y la exclusión social: ellos se difunden dentro y fuera de la Ciencia Política, y se realizan a nivel de tesis doctorales y líneas de investigación, siguiendo o no los lineamientos de Laclau o de Borón. Se trata de llenar un antiguo vacío de la disciplina y de advertir que el fracaso del reformismo en la región durante el siglo XX y lo que va del XXI se debe a la brutal dominación social interna e internacional, practicada por clases dominantes incapaces de integrar sus sociedades. Pienso que un renacimiento de la Sociología Política puede iluminar esta problemática.

En la actualidad cerca de doscientos docentes-investigadores académicos trabajan en Facultades y Escuelas de Ciencia Política, Relaciones Internacionales y Administración Pública de universidades públicas y privadas y algunos centros privados. Una parte de ellos (alrededor de cien) integra un sub-área científica formalmente integrada al CONICET. Esto ha permitido un considerable aumento en la cantidad de investigaciones que se realizan en el país y las publicaciones en Revistas indexadas nacionales e internacionales.

En el nivel de grado existen más de cuatro mil estudiantes en treinta y cinco Carreras de Ciencia Política y conexas; además alrededor de cuarenta programas de Especialización, Maestría y Doctorado han aumentado el número de investigadores y analistas políticos que hacen programas de posgrado.

Dar una opinión sobre la calidad de este considerable número de nuevas contribuciones y producción de conocimiento sería precipitado. Se ha aumentado la tendencia a trabajar en equipo y a realizar publicaciones con referato para alcanzar las exigencias de los diferentes sistemas de evaluación. En una sociedad polarizada socialmente también hay grandes diferencias de calidad entre los mejores centros de formación y los más modestos; la evaluación universitaria a cargo de un ente estatal (la CONEAU) todavía no se ha ocupado de las carreras de grado de Ciencias Sociales pero ha contribuido a mejorar los posgrados. Sin embargo se han perfeccionado algunas Carreras de Ciencia Política de universidades públicas y privadas, surgiendo algunos núcleos de calidad en la medida que se forman cuerpos de docentes-investigadores con dedicación exclusiva.

En síntesis existió un acelerado y algo sorprendente desarrollo de la Ciencia Política, las Relaciones Internacionales y disciplinas conexas, lo cual formó en las universidades una notable cantidad de políticos, administradores públicos, académicos, profesores de nivel medio y profesionales aptos para desempeñarse en actividades privadas como consultores políticos, encuestadores y formadores de la opinión pública. Al contrario de lo que sucede en Estados Unidos es llamativa la cantidad de politólogos que se han dedicado con éxito a la actividad política en los más diversos partidos. Cabe congratularse por este hecho.

Reconociendo que la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales, como cualquier otra actividad científica, siempre presentará un alto porcentaje de aportes teóricos y prácticos tendientes a la conservación de las sociedades y sus sistemas políticos, cabe plantear, para terminar, que se está ante una disyuntiva significativa, sobre todo en los países de la periferia del capitalismo, antes llamados sub-desarrollados o desintegrados socialmente y ahora emergentes; ello también comienza a suceder en los países centrales y abarca al conjunto de estas disciplinas y de las humanidades. Por ejemplo, a esta altura del siglo XXI la Ciencia Política puede resignarse a estudiar la democracia política como un sistema funcional o institucional, cuyo valor positivo cabe resaltar, y además seguir formando politólogos que se dediquen a la administración pública y privada, a la política o a la academia. Sin embargo, no puede ignorarse que las democracias políticas están siendo acosadas por la creciente desigualdad social que las hace cada vez más inestables e invivibles en todo el mundo; por otra parte, una parte de los Estados existentes, algunos de los cuales muy influyentes, no practican la democracia política y quizás nunca la practiquen; en ellos también hay Ciencia Política. Por

otra parte, cabe desear que la disciplina, en conjunto con todas las Ciencias Humanas y Sociales, pueda afrontar análisis socio-históricos y socio-políticos más complejos que intenten dar cuenta de las causas locales e internacionales de enfrentamientos sociales graves (por motivos económicos, políticos, culturales...), los cuales pueden hacer de esas democracias políticas una cáscara vacía de contenido o Estados tutelados por los poderes fácticos locales y/o internacionales. Ello es aplicable a nuestro país, a América del Sur y a todos los Estados y unidades políticas de un mundo cada vez más global y, al mismo tiempo, escenario de la demanda de todos los pueblos a vivir con dignidad y justicia. Es preciso reconocer que la mayoría de los politólogos no hemos sabido explicar de forma contundente ni siquiera las causas sociales del enfrentamiento peronismo-anti-peronismo en la Argentina, lo cual subraya los límites de nuestra profesión no sólo en nuestro país